

—Tiene tu misma hechura — convino la rosa, pero creo que es más colorada, y sus pétalos son más cortos.

—Los tiene recogidos como los de una dalia — dijo el lirio —; no son sueltos como los tuyos.

—Pero tú no tienes la culpa — añadió la rosa, esta vez con amabilidad —. Empiezas a marchitarte, debes saberlo, y no se puede evitar que los pétalos se mustien.

A Alicia, como es natural, esta idea no la hacía muy feliz, y cambió de tema.

—¿Y viene siempre aquí? — dijo.

—Me figuro que pronto la verás. Es de una especie que tiene nueve puntas — contestóle la rosa.

—¿Y dónde las lleva? — inquirió Alicia con verdadera curiosidad.

—¿Dónde? Alrededor de la cabeza. ¿Dónde va a ser? — repuso la rosa —. Me extraña que tú no lleves ninguna. Creí que ésa era la regla.

—¡Ahí viene! — anunció la espuela de caballero —. Oigo sus pasos que hacen ¡pum! ¡pum! sobre la grava del camino.

Alicia miró atentamente a su alrededor y sus ojos admirados vieron llegar a la reina roja.

—¡Cómo ha crecido! — fué su primera exclamación.

Efectivamente, estaba desconocida. Cuando Alicia la encontró entre las cenizas no tendría más de tres pulgadas de estatura; ahora era lo menos cuatro dedos más alta que ella.

—Es el aire puro el que produce estos fenómenos — le explicó la rosa —. ¡Este es un aire maravilloso!

—Creo que debo ir a recibirla — dijo Alicia, pues aunque las flores eran interesantes, parecióle más distinguido conversar con aquella real señora.

—No será posible — le respondió la rosa —. Te aconsejaría tomar otro camino.